

LA TIERRA DE LA LUNA ROJA



MIKEL ITURBE GARCÍA



Círculo Rojo
EDITORIAL

La Tierra de la Luna Roja

Mikel Iturbe García

Primera edición: noviembre 2018

ISBN:978-84-1304-774-4

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Mikel Iturbe García

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Ilustraciones de cubierta e interior: Cristina Cid

© Corrección: Teresa García Adame

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España - Printed in Spain



Agradecimientos

A mis padres, por creer en todo lo que hago.

A Rocío, por estar siempre dispuesta a escuchar.

A Lori, por esa última lectura que me ha dado la seguridad que me faltaba.

A todos los que habéis sonreído cuando os he hablado de este proyecto, porque todos me habéis dado fuerzas.

Y a ti, porque tus ganas de luchar siempre me han inspirado.

En plena noche

Sara se había metido en la cama sabiendo que no iba ser por mucho tiempo. Cuando el reloj digital que tenía sobre la mesilla señaló las dos y media de la mañana, la joven se levantó. Ni siquiera se había puesto el pijama.

Aún estaba nerviosa, recordando las últimas palabras que había leído en aquella carta. “*No falles*”. Como un grito de auxilio.

Con la mente inquieta, cogió la mochila que había preparado hacía escasas horas. En ella había cosas que la joven creía necesitar durante el incierto viaje: alguna chocolatina, su cámara de fotos, el iPod, el móvil, una sudadera más abrigada y, finalmente, la carta.

Silenciosa, se aseguró de dejar la nota que había preparado en un lugar a la vista. Tenía la extraña sensación de que iba a estar fuera de casa durante algún tiempo, por eso les había escrito a sus padres. La nota decía así:

“Mamá, papá, tengo que hacer algo importante. No sé cuánto tiempo me va a llevar, pero necesito que confiéis en mí. Todo va bien, en cuanto pueda volveré a casa. Os quiero.”

Sara sabía que ninguna explicación iba a ser suficiente para describir lo que le había pasado. Y también que, a pe-

sar de su impoluto expediente de fechorías, sus padres se iban a preocupar igualmente. Solo esperaba que no lo hicieran en exceso.

Tras colocar la nota encima de su cama, la joven se deslizó a hurtadillas por la casa hasta la puerta de entrada. Allí, giró la llave con mucho cuidado, para no delatarse. Cuando al fin consiguió abrir la puerta, tal y como decía la carta, en el felpudo encontró una pequeña caja de madera pulida de color azul con forma alargada. Estaba cerrada, aunque a simple vista no se veía cerradura.

Sara la guardó en la mochila cuidadosamente.

Cuando pisó la calle hacía frío, y un fino manto de niebla cubría las aceras de Barcelona. Sara caminó el trayecto que hacía todos los días para ir a la universidad, pero con una sensación totalmente distinta. Tenía un nudo en el estómago, tan apretado que sentía ganas de vomitar, aunque apenas hubiera cenado.

Después de diez minutos caminando llegó a la estación de su barrio, que estaba al aire libre. Al igual que las avenidas de la ciudad, en la estación tampoco había un alma. Sara, nerviosa, miró al reloj de agujas que había cerca de la entrada: eran casi las tres y ella ya estaba en el andén, impaciente.

La estudiante de periodismo empezó a sentirse tremendamente ridícula y avergonzada. ¿Y si todo no era más que una broma pesada? ¿Y si estaba volviéndose loca?

Casi las tres y veinte, y el gélido aire comenzaba a penetrar a través de su chaqueta. De pronto, un pensamiento fugaz recorrió su cabeza. Quizá debía volver a casa. Al día siguiente tenía que ir a la universidad.

Pero lo ignoró. En vez de eso, decidió aguardar.

—Siento haberte traído hasta aquí —dijo de pronto una voz de hombre, a la izquierda de la muchacha.

Sara se giró bruscamente para ver quién le hablaba y casi le dio un infarto.

Allí plantada había una figura, vestida con una túnica marrón oscura y unas botas altas. Llevaba una capa de viaje oscura y raída. Pero lo que más asustaba era una inexpresiva máscara veneciana que ocultaba su rostro.

—Y, sobre todo, gracias por venir. —Su voz sonaba amortiguada, pero parecía alguien joven.

Sara no podía articular palabra. Se sentía intimidada por la situación. Por aquel chico que lo observaba con sus ojos verdes que parecían brillar a través de la abertura de los ojos de la careta.

—¿Has traído lo que te pedí? —preguntó la figura, con preocupación evidente.

—¡Ah, sí! ¡Aquí lo tengo! —contestó Sara mientras rebuscaba en su mochila y sacaba la cajita que había recogido en su puerta.

El chico se acercó hasta Sara, cogió la caja y la guardó con mucho cuidado debajo de su túnica. Sara se fijó que llevaba un curioso guante sin dedos en la mano derecha.

—No sabes el favor que me has hecho.

Sara quería hacerle muchas preguntas, pero el muchacho de ojos verdes se le adelantó.

—Ahora tenemos que irnos.

Estaba preparada para algo así. Algo en lo que había pensado muchas veces. Pero, a pesar de eso, el miedo y la desconfianza la invadieron.

—¿Es necesario? —preguntó la joven.

—Si no, no te lo pediría.

El corazón de Sara latía a mil.

Sin previo aviso, el chico cogió su mano. La muchacha sintió el tacto del frío cuero del guante, y el agradable calor de sus dedos. Suavemente, la imagen del mundo ante sus ojos se fue apagando paulatinamente, como si se estuviera fundiendo a negro.

—Estás a punto de descubrir una gran verdad. —La voz del chico sonaba pausada. Segura, pero con un matiz de preocupación—. Siento que haya pasado así.

El mundo ante Sara fue de pronto un vacío abismal.

El camino y el mensaje

A sus veintiún años, Sara Cobos acababa de terminar los exámenes cuatrimestrales de periodismo. Otro enero más que se diluía entre una mezcla de café, tila y horas muertas delante de toneladas de apuntes. Y otro enero más, que obtenía excelentes calificaciones.

Medio adormilada por el vaivén del tren, volvía del primer día de clase de la segunda mitad del curso. El último ya de la carrera de periodismo. Mientras el tren avanzaba, la mente de la joven volaba muy lejos de allí. A pesar de amar lo que estudiaba, cuando cerraba los ojos recorría el mundo acompañada de su cámara. Se perdía en colores, sabores o personas que pensaban de forma totalmente diferente a ella.

La voz metálica de la megafonía que anunciaba su parada la sacó de su ensueño. Sara se enfundó su chubasquero y, cuando las puertas del vagón se abrieron, se lanzó a la lluvia.

Bajo la tromba invernal, recorrió las calles de su barrio, caminando entre las plazas familiares donde había pasado su infancia. Barcelona había sido su hogar desde que nació.

La lluvia se intensificó, y Sara comenzó a correr, hundiendo sus deportivas en los charcos.

Llegó con la respiración agitada hasta su portal, y mientras el ascensor subía al sexto piso, la joven observó su reflejo en el espejo: una chica no muy alta, con el pelo y los ojos oscuros, con la coleta y la cara empapadas. Estaba un tanto graciosa, y no pudo evitar sonreír.

Sara vivía con su madre y su padre. Su madre, Alicia, era una artista polifacética, que se centraba en el teatro cuando había trabajo. En cambio, su padre Javier trabajaba en un banco. La muchacha disfrutaba mucho con su familia, pero tanto su madre, como ella, habían notado que Javier estaba últimamente demasiado cabizbajo. Ambas especulaban con que tenía algún problema en el banco que aún no se había atrevido a desvelar.

Mientras Sara cenaba con su madre, volvieron a hablar del tema, pero no llegaron a ninguna conclusión.

—Antes de dormir, limpia un poco tu habitación —le reprochó su madre cuando terminó de cenar, mientras se levantaba a dejar el plato de la cena en el fregadero de la cocina.

—¿Mi habitación? Estaba limpia cuando me he ido por la mañana —aseguró la joven mientras terminaba el último bocado de su plato.

—Pues a mí me ha parecido ver algún papel tirado cuando he pasado por allí. Luego recógelo. —Hizo una pausa—. Sin falta.

El padre de Sara llegó mientras las dos estaban tumbadas en el sofá. Las saludó tratando de aparentar buen humor, pero fue en vano. El hombre se fue a la cama sin siquiera probar la cena.

Sara y su madre se miraron, preocupadas. Las cosas no solo parecían no estar mejorando para su padre, sino que estaban yendo claramente a peor.

Cuando Sara llegó a su cuarto, se movió a oscuras en la estancia hasta que encontró el interruptor de la lamparita

del escritorio. Al encenderla, se encontró un escenario que no recordaba haber dejado por la mañana.

Esparcidos por el suelo de la habitación, había decenas de trozos de papel, como si alguien hubiera troceado dos folios y los hubiera soplado desde la palma de su mano.

“Pero qué demonios...”.

Resignada comenzó a recoger los papeles, y los guardó en la basura de su cuarto, que estaba recién vaciada. No entendía cómo aquellos papeles habían terminado allí, pero se fue a dormir sin darle más importancia. Estaba demasiado cansada como para buscar culpables.

El día siguiente no fue especialmente emocionante. Sara asistió a las primeras clases del día sin mucho entusiasmo, y después tuvo que quedarse en la universidad para terminar un trabajo grupal. En él estaba Laura, una buena compañera de clase de la infancia de Sara. Llevaban juntas desde que eran unas niñas; acabaron el instituto y empezaron juntas la carrera. No fueron buenas amigas desde el principio, pero terminó siendo uno de esos casos en los que el roce hace el cariño.

Como hacían siempre, Laura y Sara compartieron una distendida charla a la salida de la universidad, hasta que sus caminos se separaron: Laura puso rumbo a la parada de autobús, y Sara a la del ferrocarril.

Tras otro viaje en tren y otro paseo, la muchacha llegó a su edificio. Aquel día no llovía, pero había algo peor. En el interior del portal se cruzó con un grupo de vecinas que murmuraban y reían sin disimulo.

—¡Muy buenas, chiquilla! —dijo la mayor de las tres. Llevaba el pelo rizado, de color rubio platino.

—Hola —saludó muy seca Sara. Aquellas señoras la saludaban con una sonrisa y con la misma sonrisa eran capaces de hablarle mal de ti a todo el barrio.

Cuando la joven se estaba acercando al ascensor, las escuchó hablar casi a gritos.

—Pues sí, como lo oyes, el chico del tercero ha vuelto a desaparecer —la superioridad se podía ver reflejada en la cara de la mujer—. Esa familia no aprende.

El chico del que hablaban se llamaba Marcos. Por lo que había oído en su casa, la madre del chico estaba enferma, y su padre era un famoso escritor que apenas estaba en casa. Marcos tenía fama de problemático, y también desaparecía de vez en cuando. Cuando esto pasaba, su madre tenía que ir extinguiendo los focos de chismorreos que se desataban por el indiscreto vecindario.

Mirándolas con desdén, Sara las vio desaparecer a medida que las puertas se cerraban ante su cara.

“Si hubiera unas olimpiadas de hablar mal de la gente, en mi escalera tendríamos ya unas cuantas medallas”, pensó la joven apretando los dientes mientras subía en el ascensor.

Tras un viernes y un sábado rutinarios, Sara decidió pasar el domingo como más le gustaba. Cogió su cámara y algo de comer y se fue a recorrer las calles de Barcelona. La joven disfrutaba inmortalizando estampas cotidianas, que a veces solía asociar con noticias falsas que inventaba en su cabeza. Era como un juego en el que relacionaba una de sus pasiones, la fotografía, con el periodismo, su vocación.

Caminó hasta la playa, recorrió decenas de calles y obtuvo alguna foto “interesante”, como solía decir. Buscando una callejuela para una última instantánea, se dio cuenta de que la noche estaba a punto de caer, y emprendió el camino de regreso a su casa.

Estaba ya acercándose a su barrio cuando a lo lejos, sentado en una terraza con las clásicas estufas que ponen los bares en invierno, le pareció ver a Joan.

“Joan”.

Joan había sido el único novio de Sara. Se conocieron el último año de instituto en un concierto al que Laura le había llevado, y estuvieron juntos dos años y medio. Sara fue muy feliz durante todo ese tiempo. Pero a comienzos del

tercer año de carrera, hacía ahora año y medio, él conoció a otra y la dejó de mala manera.

Desde entonces apenas habían hablado. De hecho, ni siquiera se habían saludado las veces que se habían encontrado.

Y ahora allí estaba, en su trayectoria, hablando y riendo mientras abrazaba cariñosamente a una chica con el brazo izquierdo.

Sara cruzó a la otra acera. No tenía la más mínima gana de pasar cerca de él. Con la cabeza agachada y paso rápido, Sara recorrió desde la otra acera la distancia más cercana al bar. No quiso, pero se le escapó una mirada a través de un mechón de pelo, y le pareció, por una milésima de segundo, que Joan le devolvía la mirada. Pero al instante estaba otra vez bromeando y riendo al lado de la chica de cara redonda, muy guapa.

Algo dentro de Sara se revolvió. Ya no quería a ese chico, pero la herida seguía allí. Y aquello había sido como echarle sal y ponerla al sol.

Cuando llegó a casa, se sentía rota. Fue rápidamente a su habitación sin siquiera saludar a su madre, que estaba pintando sobre un lienzo en el salón. Se tumbó en la cama, con la música de su iPod a máximo volumen, tratando de evitar pensar en sus heridas mal cicatrizadas.

“Es como si cada vez que pienso en él me rompiera un poco más”, se lamentó. “Soy un montón de añicos que no forman nada coheren...”

Sara dejó de llorar de pronto y se incorporó.

“Un momento”.

El corazón de Sara comenzó a latir de forma rápida. Sara se levantó de la cama, se aseguró de que la puerta estuviera cerrada y cogió la lámpara de su escritorio y la papelera. La muchacha se sentó en el suelo, y volcó el contenido de la basura sobre la alfombra. Allí únicamente estaban los papeles que ella misma había recogido hacía varios días. De-

cenos de trozos blancos como copos de nieve cayeron sobre el suelo de su habitación.

Sara apuntó con la lámpara hacia ellos y comenzó a mirarlos uno por uno.

“Bingo”, pensó excitada.

En algunos trozos de papel había pequeños trazos de tinta negra visibles que Sara había obviado el día que recogió el estropicio. Empleó casi media hora en buscar todos los trozos con algo escrito, y luego, otro tanto en ordenarlos de forma que pudiera sacar alguna palabra legible. El corazón le latía a mil por hora, y ya no había ni rastro de lágrimas en sus mejillas. En la primera reconstrucción que acababa de hacer se leían dos palabras:

Para Sara

La joven siguió juntando unos trozos con otros, casi sudando del estrés. Había algún que otro trazo inconcluso que no supo ubicar, pero sí consiguió descifrar otra palabra:

“Ven”

“¿Cómo es posible?”, se preguntó. “¿Quién ha dejado esto en mi habitación y por qué?”.

Los próximos dos días, Sara los pasó con la cabeza llena de ideas absurdas sobre lo que podían significar aquellas escasas palabras. Incluso trabajando en grupo, Laura, la amiga de Sara, notó que la joven estaba como ausente. Pero Sara prefirió no contar nada. Ni siquiera... ni siquiera a sus padres.

No hasta que no estuviera segura.

Después de un día extraño, en el tren de vuelta a su barrio, Sara sentía la cabeza a punto de estallar. Estaba anocheciendo, y las últimas luces del día se despedían remolonas entre nubes, dejando destellos rojos y anaranjados.